







































con un chaval de la ONG Médicos Sin Fronteras que era amigo suyo. Aquellos iban por todo el mundo y eso infundía respeto.

Tres días más tarde me encontraba en sus oficinas junto a la plaza de la Bastilla. Un enfermero y un médico me recibieron en una sala oscura que daba al patio. Me presenté en un momento: qué me motivaba, quién era. El médico me preguntó por mis orígenes y si hablaba árabe. Cuando le respondí «Siria» y «sí», sonrió. Me dijo que estudiaría mi candidatura y que volvería a llamarme pronto. Ya solo quedaba esperar. Me sentía confiado; dirigía la mirada a lo alto con las palmas vueltas hacia el cielo y murmuraba plegarias para que un nuevo sol se alzara en el horizonte.